

C. Osiek – M. Y. MacDonald, with J. H. Tulloch, *A Woman's Place. House Churches in Earliest Christianity* (Minneapolis: Fortress Press 2006) 345 pp.

Versión española: *El lugar de la mujer en la Iglesia primitiva. Iglesias domésticas en los albores del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2007, 400 pp.

El propósito de este libro es relacionar dos temas de gran actualidad en los estudios sobre los orígenes del Cristianismo: el las iglesias domésticas y el del papel de las mujeres en la iglesia antigua. La obra es fruto del trabajo en colaboración de dos autoras bien conocidas por sus publicaciones sobre el tema. Ambas han participado y participan de forma muy activa en el *Early Christian Families Group*, que desde hace años acoge diversas iniciativas de estudio sobre este tema en el marco de los encuentros anuales de la Sociedad de Literatura Bíblica norteamericana. Estamos, pues, ante una obra de la que puede esperarse una palabra autorizada sobre el lugar de las mujeres en las primeras iglesias domésticas.

El libro consta de once capítulos, incluyendo la introducción y la conclusión (1 y 11). Tres de los ellos (1, 5 y 10) son reelaboración de artículos publicados previamente, y otro (8) ha sido escrito por J. Tulloch. Aunque el orden en que se han dispuesto los capítulos revela una cierta lógica (2-4 siguen el ciclo vital; 7-10 tratan diversos aspectos relacionados con el liderazgo de las mujeres) y dentro de ellos se encuentran frecuentes referencias cruzadas, los diversos capítulos pueden muy bien leerse independiente unos de otros. Las notas están colocadas al final, así como la bibliografía y los índices de fuentes antiguas, autores y materias.

El primer capítulo es, en realidad, la introducción del libro. En él se resume la investigación precedente presentando las tres antítesis que la han dominado: a) patriarcalismo vs. discipulado de iguales; b) público vs. privado; c) ascetismo vs. estilo de vida doméstico; y se exponen tres presupuestos que guiarán la investigación: a) el uso del masculino plural en los textos antiguos no siempre excluye a las mujeres; b) los valores culturales del honor y la vergüenza tienen gran importancia en una sociedad en la que las diferencias sociales eran determinantes; c) las mujeres participaban en todas las actividades que tenían lugar en las iglesias domésticas (el culto, la hospitalidad, el patronazgo, la educación, la comunicación, los servicios sociales, la evangelización y la misión), que eran el centro de todas las actividades de las comunidades cristianas.

El capítulo segundo estudia el papel de las esposas dentro del grupo de los seguidores de Jesús. Los textos las mencionan muy poco, tal vez porque se presupone su presencia en las iglesias domésticas. Sin embargo, los estudios recientes sobre el surgimiento de una “nueva mujer” en la sociedad romana permite imaginar, a partir de estos pocos datos, el papel que algunas de ellas desempeñaron. Cabe recordar a las esposas mencionadas en las cartas de Pablo como colaboradoras suyas en la tarea evangelizadora (Priscila, Junia...); las esposas aparecen también cuando se presenta un ejemplo negativo (Safira); y poco a poco se abre paso la figura de la matrona convertida (Perpetua). Todas estas referencias ponen de manifiesto la importancia de las mujeres casadas en las primeras iglesias domésticas.

El capítulo tercero explora un momento importantísimo en el ciclo vital de la mujer casada: el nacimiento, la crianza y el cuidado de los niños pequeños en las comunidades domésticas. Las noticias sobre estas actividades típicamente femeninas en el mundo antiguo son también escasas: los relatos de la infancia de Jesús en los evangelios canónicos y apócrifos y algunas otras noticias esporádicas (parto de Felicitas en la cárcel). Sin embargo, los estudios sobre la

familia antigua permiten conocer el papel decisivo de las mujeres, libres y esclavas, en la crianza y educación de los niños. Los cristianos, al igual que los judíos, rechazaron el aborto, el infanticidio y la exposición de los niños (sobre todo niñas). Es muy posible que las iglesias domésticas acogieran niños (y sobre todo niñas) abandonados y los criaran. Las autoras invitan a imaginar las reuniones de las primeras comunidades en las casas en medio de todas estas circunstancias: los partos, los juegos de los niños, su educación, la acogida de niños y niñas abandonados. La comunidad participaba directamente de una vida palpitante que tenía como protagonistas a las mujeres.

El capítulo cuarto aborda el siguiente momento del ciclo vital en la vida de las mujeres y de los niños: el crecimiento de éstos últimos bajo la atenta mirada de sus madres. Los estudios sobre los niños en el mundo antiguo son de gran utilidad para imaginar, a partir de las referencias directas o indirectas a ellos en los textos cristianos, cuál era su situación en la vida de las comunidades domésticas. La alta mortalidad infantil fue, sin duda, un elemento determinante, que influyó en la valoración que se tenía de los niños y el afecto que les profesaban los adultos. Los niños estaban muy presentes en todas las actividades de la casa y debieron estarlo también en la vida de las iglesias domésticas. Gran parte de su educación la recibían en la casa. La instrucción de las niñas y las jóvenes, a las que conviene no olvidar, estaba confiada a las mujeres mayores. En este contexto las mujeres debieron desempeñar un importante papel en la transmisión de la fe. Fueron probablemente ellas las que configuraron una forma de ser niño y niña “en el Señor”.

El capítulo quinto está dedicado a las esclavas, doblemente ocultas por ser mujeres y por ser esclavas. Los primeros cristianos no abolieron la esclavitud. Más aún, el buen gobierno de los esclavos debió ser una forma de demostrar que las casas cristianas se ajustaban a las expectativas sociales. No es posible saber con certeza en qué medida los amos cristianos utilizaron a sus esclavas sexualmente, ni tampoco cómo reaccionaron las esclavas cristianas, a las que se recomendaba la obediencia a sus amos, ante los requerimientos de sus amos no cristianos. En términos generales puede decirse que la situación de las esclavas en las casas cristianas debió ser más tolerable que en otras casas. Tampoco puede saberse con precisión si la conversión de sus amos llevó consigo la conversión de los esclavos, ni en qué medida las esclavas convertidas al cristianismo influyeron en la conversión de sus amos y amas. Los textos dejan en la penumbra a las esclavas cristianas, aunque su presencia en las iglesias domésticas es innegable.

El capítulo quinto se centra en una de las más tempranas representaciones simbólicas de la mujer en el cristianismo naciente. En él se analiza cómo la esposa cristiana idealizada cuya imagen se dibuja en Ef 3,22-33, desempeñó un papel determinante, no sólo en cuanto modelo ético, sino también como símbolo de la identidad de la comunidad y de la interacción entre la iglesia y la sociedad. Aunque en apariencia este pasaje se ajusta a las expectativas sociales, en realidad encierra elementos de una actitud contracultural con respecto al mundo. El hecho de que la vida convencional de las mujeres adquiriera en este pasaje una representación simbólica revela el valor que éstas tenían para la vida y la identidad de los grupos eclesiales.

Con el capítulo séptimo comienza una serie de estudios en torno al liderazgo de las mujeres en diversos ámbitos de las primeras iglesias domésticas. Éste trata de averiguar cómo afectó al liderazgo de dichas iglesias el hecho de que las mujeres tuvieran una función de liderazgo en sus propias casas. A las matronas romanas se les encomendaba la tarea de gestionar sus propias casas. Entrar en una iglesia doméstica implicaba, por tanto, entrar en el mundo de las

mujeres. Algunas de ellas, sobre todo las viudas que administraban sus casas de forma autónoma, hospedaron a iglesias domésticas del nascente movimiento cristiano. En estos casos ellas ejercían de anfitrionas con sus invitados, presidiendo las comidas y ordenando la conversación-enseñanza.

El capítulo octavo se centra en un aspecto concreto del liderazgo de las mujeres: su papel en los banquetes funerarios familiares. J. Tullock estudia el tema a partir de una serie de frescos de la catacumba romana de los SS Marcelino y Pedro (finales del siglo tercero o comienzos del cuarto). Estos frescos conservan el recuerdo de la hospitalidad ofrecida por las mujeres en el contexto funerario. Comparadas con las escenas de banquetes funerarios no cristianos, éstas revelan un nuevo código visual, que pone de manifiesto el papel de la mujer en las comunidades domésticas, pues no se resalta su relación con el *paterfamilias*, sino su papel dentro de la casa y su función como anfitrionas de parientes y amigos.

El capítulo noveno aborda la función de las mujeres como patronas de la comunidad. El patronazgo, generalmente vinculado a la figura del varón cabeza de familia, fue ejercido también por mujeres, aunque esta faceta ha sido menos estudiada. Después de una rápida presentación de la institución del patronazgo en el mundo mediterráneo antiguo, se estudia el ejercicio del patronazgo por parte de las mujeres en el mundo romano, el lugar de esta institución en la vida de la iglesia antigua y el papel de las mujeres cristianas en este tipo de relación. El patronazgo fue un ingrediente esencial en la vida de las primeras iglesias domésticas y parece que hubo pocas diferencias en la forma de ejercerlo entre los hombres y las mujeres, que aparecen ya como patronas de las más antiguas comunidades cristianas.

El capítulo décimo da un paso más y se pregunta cuál fue el papel de las mujeres en la expansión del cristianismo. Tanto las fuentes antiguas (Celso), como los estudios modernos (MacMullen, Stark) subrayan la importancia de la tarea desempeñada por las mujeres en la difusión del cristianismo. Ya en los comienzos de la misión cristiana encontramos a mujeres misioneras, a las que Pablo llama “sus colaboradoras”. Más tarde encontramos a otras mujeres a las que se confía una tarea especial de enseñanza o se reconoce una función profética. La acusación de que el cristianismo era una religión de mujeres y esclavos (Celso), es un reflejo del papel que estas desempeñaban en la expansión del cristianismo a través de sus múltiples contactos con otras casas. Si es cierto que el cristianismo se difundió a través de redes sociales previamente existentes, las mujeres debieron tener en ella un papel decisivo y multiforme: captación de otras mujeres y niños; conversión de sus maridos paganos, etc.

El último capítulo es la conclusión del libro. En él se recogen una serie de reflexiones sobre cómo los estudios precedentes pueden contribuir a un mejor conocimiento de las mujeres en el cristianismo más antiguo y de la atmósfera de las primeras comunidades cristianas en general. Es un breve capítulo que merece una lectura atenta y reflexiva.

Hay que felicitar a las autoras por el esfuerzo conjunto que han realizado para abordar un tema de gran interés en los estudios sobre los orígenes cristianos. Durante dos siglos la casa fue no sólo el lugar de reunión de las primeras comunidades cristianas, sino también su referencia social básica. Este hecho es determinante a la hora de evaluar el lugar de las mujeres en el cristianismo más antiguo, pues su función dentro de la casa y en el entramado de relaciones tejido en torno a ella era muy importante. Este libro viene a llenar, por tanto, un importante vacío en el estudio del cristianismo nascente.

El planteamiento del libro, las inteligentes preguntas que sus autoras suscitan, su forma de abordarlas a través de ejemplos concretos hace que el lector pueda entrar de forma vital y participante en la vida cotidiana de las primeras iglesias domésticas desde la mirada de las mujeres de diversas edades y condiciones (niñas, jóvenes, adultas, esclavas, libres, casadas, viudas...). Esta mirada permite caer en la cuenta de la importancia de la vida cotidiana y de los problemas reales con los que se enfrentaban las primeras comunidades cristianas. Las autoras demuestran un excelente conocimiento de las fuentes documentales y de la literatura secundaria relativa a un amplio periodo de tiempo, pues aducen ejemplos y trayectorias que abarcan casi cuatro siglos. La contextualización de los textos cristianos y sus informaciones en el mundo helenístico romano es excelente y ayuda sobremanera a reconstruir parcelas de la vida de las primeras comunidades domésticas y del papel de las mujeres en ellas que de otra forma habría sido imposible conocer o valorar adecuadamente.

La amplitud del periodo estudiado y la complejidad de los temas abordados, que sin duda son necesarios para ofrecer una visión de conjunto, hacen, sin embargo, que a veces no se perciban con claridad las trayectorias y su evolución. Habría sido muy útil una discusión acerca de los diferentes tipos de familia en el mundo mediterráneo antiguo con sus diferentes tipos de casas y de relaciones, que habría ayudado a imaginar las diferencias entre las diferentes iglesias domésticas.

Estas observaciones críticas no restan en absoluto valor a la enorme y novedosa aportación de este estudio, que será leído con interés por públicos diversos. Será de gran interés para quienes estudian el papel de las mujeres y de la casa en el cristianismo más antiguo, porque encontrarán en él abundante material de reflexión y numerosas sugerencias para seguir indagando. Pero resultará también sumamente interesante a quienes tratan de descubrir nuevos paradigmas para la vida de las comunidades cristianas hoy, porque hallarán en él una sugerente orientación para orientar su reflexión.

Santiago Guijarro Oporto